

LA CAÍDA DE TIRO

Tiro es una ciudad del Líbano que sigue en pie hoy en día. En el tiempo en que se pronunció la profecía Tiro era un destacado centro de comercio, ciudad clave del Imperio Fenicio. Esto ocurrió unos 600 años antes del nacimiento de Cristo.

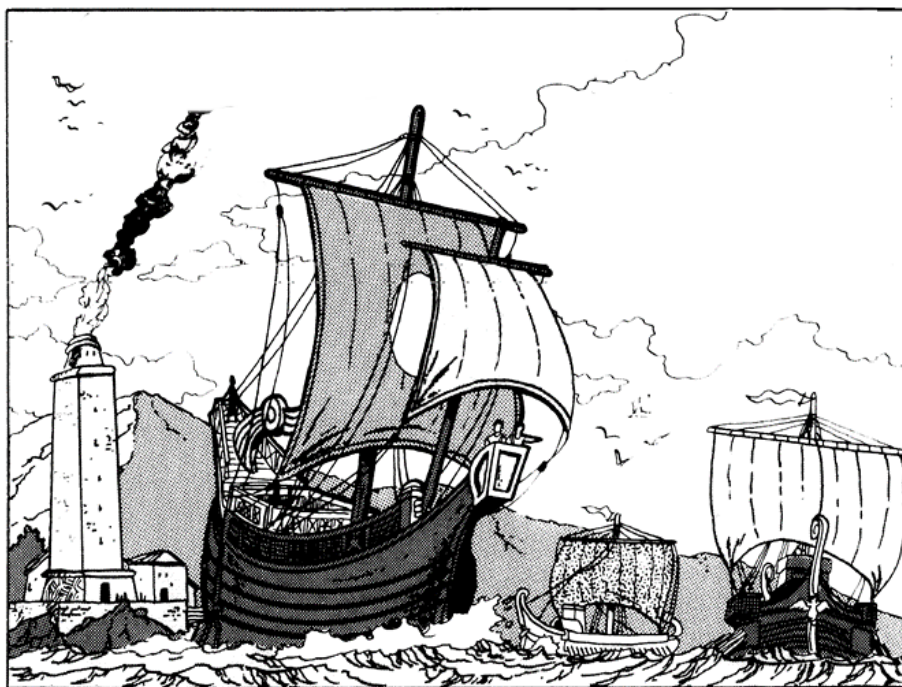
En aquellos días, en el año 590 a. de C., Dios habló al profeta Ezequiel y le dijo lo que acontecería con la ciudad de Tiro.

*Texto tomado de los capítulos 26 al 30 de Ezequiel:
«Hijo de hombre, por cuanto dijo Tiro: “Yo soy un dios, en el trono de Dios estoy sentado en medio de los mares ¡Soy de perfecta hermosura!” Por tanto, así ha dicho el Señor: “He aquí ... haré subir contra ti muchas naciones y demolerán los muros de Tiro, y derribarán sus torres; y barreré de ella hasta su polvo, y la dejaré como una peña lisa. Tendedero de redes será en medio del mar, porque yo he hablado”, dice el Señor Dios.”*

“He aquí que del norte traigo yo contra Tiro a Nabucodonosor rey de Babilonia. ... y ni para él ni para su ejército hubo paga de Tiro.”



Dios informó a Ezequiel que en vista de que la ciudad de Tiro se había enaltecido y rebelado contra Él, permitiría que viniera el rey de otro país y destruyera la ciudad. Añadió que la ciudad acabaría en ruinas, que terminaría siendo una pila de escombros en la que los pescadores tenderían sus redes.



Cualquiera que viviera en Tiro en aquellos días habría pensado que se trataba de una predicción ridícula. Tiro era la gran ciudad de los fenicios. Había sido construida sobre una colina que daba al Mar Mediterráneo

en lo que hoy en día es el Líbano. Los fenicios eran grandes mercaderes y marinos. «Todas las naves del mar» venían a Tiro. Los fenicios constituían una de las civilizaciones más sobresalientes de la antigüedad.

Pero ¿qué le pasó a Tiro?

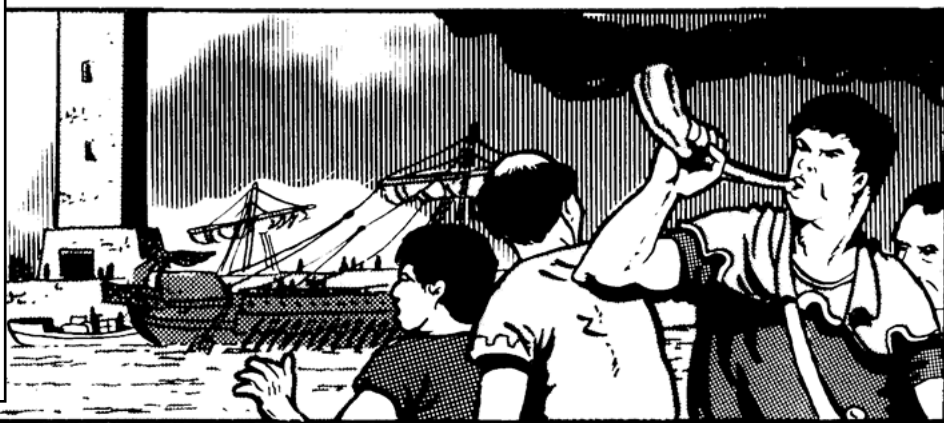
En el año 586 a. de C., los ejércitos de Nabucodonosor rey de Babilonia pasaron por las ciudades de Tiro y Sidón. Tal como Dios le había anunciado a Ezequiel, Nabucodonosor destruyó la ciudad de Tiro y la arrasó, pero dejó allí las ruinas.

La profecía no se había cumplido a cabalidad todavía, por cuanto la antigua ciudad de Tiro no había quedado «como peña lisa» ni sus ruinas eran aún «tendedero de redes en medio del mar».



Nabucodonosor no recibió paga por la destrucción de Tiro —no hubo botín de joyas ni oro—,

porque los habitantes de la ciudad huyeron a una pequeña isla ubicada a casi un kilómetro de la costa. Allí construyeron una nueva ciudad y se llevaron consigo sus tesoros y riquezas.



Nabucodonosor no era marino —no tenía naves ni armada—; por lo que no pudo cruzar ese estrecho que lo separaba de la isla para conquistarla.

En el año 332 a. de C., cuando Alejandro llegó a Tiro, se enteró de que aquella ciudad isleña era inmensamente rica. Observó aquel estrecho que lo separaba de ella y se propuso llegar a él a fin de apropiarse de todas aquellas riquezas.

Se dio entonces a la tarea de buscar un medio para lograr su cometido. Al ver aquella montaña de escombros que habían quedado de la antigua ciudad de Tiro, encontró el material que buscaba. El ejército de Alejandro arrojó todos aquellos escombros al mar Mediterráneo. Sus hombres arrasaron toda la zona y se valieron de todo ese ripio para construir un camino —un paso elevado sobre el lecho del mar, que en esa zona era de escasa profundidad— para poder llegar hasta la ciudad isleña. En poco tiempo Alejandro capturó y saqueó la ciudad de Tiro.

Lo curioso del caso es que a lo largo de ese camino, los pescadores tienden hoy sus redes, tal como Dios lo profetizó. ¡Tiro fue arrojado al mar! Aquel final de la antigua Tiro se predijo más de 250 años antes que sucediera. Solamente Dios pudo haber estado en conocimiento de esos hechos con tanta anticipación.



